



La retórica política del presidente Clinton

President Clinton's Political Rhetoric

José J. SANMARTÍN

Universidad de Alicante, España.

RESUMEN

El estudio de la retórica política empleada por Clinton durante sus dos mandatos en la Casa Blanca, ofrece un panorama plural y sugerente de las expectativas que genera entre sus ciudadanos el sistema político de Estados Unidos, así como de las funciones simbólicas e institucionales que debe asumir el Presidente. Patriotismo, democracia, prosperidad, son valores arraigados en la psicología popular que Clinton utilizó para desarrollar su propio mensaje político.

Palabras clave: Presidente Clinton, retórica política, democracia, idealismo.

ABSTRACT

To study the political rhetoric used by Bill Clinton during his presidency, offers a plural and interesting scope about both expectations created by the American political system between its citizens and the institutional and symbolic functions that the President has to perform. Patriotism, democracy, welfare, are well deep-seated values inside the popular psychology that Clinton could manage in order to develop his own political message.

Key words: President Clinton, political rhetoric, democracy, idealism.

INTRODUCCIÓN

La ideología americana opera en el subconsciente institucional como una religión política. De hecho, ésta aparece atemperada por una singular mixtura de valores compartidos –y definitorios de una confesión–, significativamente, por una congregación (el pueblo), creyente del mismo cuerpo doctrinal aun cuando pueda divergir –siempre de forma integradora, no destructiva– sobre la aplicación y recorrido que tenga este credo común. La nación como manifestación del poder liberador de la democracia. En este contexto, el Presidente ejerce su magistratura de Sumo Sacerdote, cuyo papel principal es la aplicación de las Sagradas Escrituras (Constitución y demás leyes) y la interpretación de la voluntad general (gobierno y democracia). Las intervenciones de oratoria presidencial son, de hecho, actos litúrgicos concelebrados ante una feligresía generalmente activa y adherida a la misma religión política. El comienzo, desarrollo y conclusión de un discurso público del Presidente suele responder a un patrón preestablecido donde el ritual formalmente laico es tan importante como el mensaje político¹.

Como expresara Englmann en su obra *Die Charismen* (1848), el primer carisma de todos es el apostolado². La capacidad para lograr adhesiones en torno a una causa previamente determinada constituye un índice válido para evaluar la condición carismática de un líder. Clinton actuó como un apóstol, conocedor y develador de la verdad última. La predicación y la enseñanza son funciones relevantes en este rito iniciático que es el conocimiento de un arcano llamado poder. La fe de los creyentes debe ser alimentada con argumentos, expectativas e ilusiones, sostenida por dogmas y misterios, renovada mediante oficiales innovadores y obras concebidas ad eternum. De ahí el carácter populista que debe poseer un candidato presidencial; y la expectación mesiánica que ha de concitar entorno suyo. El papel jugado por la profecía dentro de la cultura política nacional está en relación directa con la vocación misional de su ordenamiento institucional.

Toda congregación prefiere, de entre los suyos, a quien tiene capacidad de llegar más allá, para comprender lo que pocos alcanzan a ver; aquél elegido que logró acceder al verdadero conocimiento –en términos platónicos. He aquí la naturaleza profética que resulta premiada. “*Tengo una buena nueva...*”, como lema principal de campaña, de toda campaña; lo que traducido en términos políticos significa “*construyamos un nuevo futuro para nuestra nación*”, “*camínemos juntos*”, “*poniendo a la gente en primer lugar*”, “*paz y prosperidad*”, etc. Se trata de temas ofrendados más que ofertados, de programas de gobierno consagrados casi tanto como glorificados por líderes singulares, que captan –a veces de manera pictórica– el retrato muñidor de la política redentorista en Estados Unidos. Un político ambicioso como Clinton encarnó al estadista que trasciende el momento para adentrarse en las aguas embravecidas del mañana³; y ello al objeto de preparar un porvenir mejor

1 Sobre retórica política presidencial veáanse los excelentes trabajos reunidos en MEDHURST, MJ (ed.) (2004). *Beyond The Rhetorical Presidency*, Texas A&M University Press, College Station, y TULIS, JK (1988). *The Rhetorical Presidency*, Princeton University Press, Princeton. Igualmente valioso es el estudio de FIELD, W (1996). *Union of Words: A History of Presidential Eloquence*, The Free Press, Nueva York.

2 ENGLMANN, JBA (1848). *Von den Charismen im Allgemeinen und von dem Sprach-Charisma im Besonderen oder historisch-exegetische Abhandlung über 1 Kor. 12-14: gekrönte Preisschrift*, Manz, Regensburg.

3 Su carácter y personalidad aparecen retratados en su propia autobiografía. Véase CLINTON, B (2004). *My Life*, Knopf, Nueva York; también, respecto de las aspiraciones personales del Presidente, y de las expectati-

para todos. El Presidente Kennedy, por citar una referencia identificable, dispuso que su campaña de 1964 se basase en el eslogan “Paz y Prosperidad”. Un logo adecuado para la sociedad de la “Nueva Frontera” que impulsara el malogrado gobernante. El espíritu de los Pioneros –tan celosamente recuperado, y modernizado, por Kennedy– era consecuencia directa de su práctica de la misma religión política⁴.

Esa ligazón fuerte con el pueblo, la voluntad de mantener una relación directa con la comunidad de creyentes, es una necesidad para la buena marcha de la religión política, que precisa la incorporación de nutrientes para mantener su capacidad de socialización. En este contexto, cabe comprender el sentido profundo que la palabra “carisma” tiene entre los parroquianos de esta liturgia institucional. Un don de Dios otorgado para hacer llegar el conocimiento de la verdad política revelada. El Presidente tiene el derecho natural –y el deber moral– de instruir, no sólo informar, a sus conciudadanos sobre las realidades que les afectan. La información debería ser lo políticamente neutro en una democracia laica; sin embargo, la enseñanza, incluso el adoctrinamiento, son elementos nucleares a toda religión política. De ahí la relevancia de la función socializadora ejercida por el Presidente en su retórica política. El propio Karl Loewenstein ya diseccionó la función pedagógica que desempeñaba el Jefe del Estado ante sus conciudadanos⁵. Lo que es más, el propio autor alemán entendía que el desarrollo de ese utilitarismo social por parte de la institución presidencial, había facilitado una nítida concentración de poder en torno suyo, además de una mayor autonomía política frente al Congreso.

APRENDIZAJE Y ASCENSO

Sin embargo, antes de alcanzar esa madurez en su retórica política, Clinton tuvo que afrontar un largo y duro periodo de aprendizaje, incluida su primera etapa en la Casa Blanca. En ese bienio de 1993-1994, el Presidente todavía aparecía demasiado autojustificativo, y escasamente resolutivo. Ante la prensa, aportaba más comentarios que soluciones, y esto incidió –directa y negativamente– sobre su credibilidad. Durante el encuentro que mantuvo con los medios californianos el 30 de julio de 1993, el Presidente formuló una primera exposición de objetivos en los programas que impulsaba su Administración. Clinton defendió un plan económico que, entre otros resultados, permitiría una reducción del déficit presupuestario, heredado de la Administración Bush, distribuyendo más equitativamente sus cargas según el nivel de renta, al objeto de aliviar la situación de las clases medias. Explicados los motivos que hacen positivo su programa económico, el Presidente menciona la reforma del “health care”; sin embargo, su defensa fue un tanto imprecisa, a veces, lo que dificultó la comprensión de la misma y, sobre todo, impidió la conexión de la reforma sanitaria con el plan económico que promovía. El desequilibrio entre los elementos comparados fue demasiado brusco para permitir al auditorio la correcta identificación de una concatenación de hechos naturales. Debe existir regularidad y continuidad entre los

vas que generó, RENSHON, SA (1998). *High Hopes: Clinton Presidency and the Politics of Ambition*, Routledge, Taylor & Francis Books Ltd, Nueva York.

- 4 Richard Reeves sostiene que el Presidente deseaba “to be seen as a man of compassion in 1964. He was persuaded that his programs were popular, but that he himself had been unable to make any emotional connection with the voters”, REEVES, R (1993). *President Kennedy: Profile of Power*, Simon and Schuster, Nueva York, p. 656.
- 5 “Que el sistema sea capaz de funcionar es casi un milagro, sólo explicable por la abundancia y fuerza de una nación que puede permitirse el lujo de un sistema gubernamental pesado y ruinoso. Pero su valor educativo no debe ser minimizado”, LOEWENSTEIN, K (1982). *Teoría de la Constitución*, Ariel, Barcelona, p. 139.

factores a vincular entre sí; aquí residió el error primerizo de Clinton: no dedicar el suficiente tratamiento a una parte de su argumentario, desaprovechando también la ocasión de desarrollar un discurso integrador entre ambos (los logros del plan económico, con su ortodoxia financiera y rebaja del déficit, permitía mejorar la calidad de vida de los ciudadanos con mejores programas sanitarios y asistenciales). La exposición es concreta, minuciosa, en la primera parte, para trocarse en escueta y volátil en la segunda.

Por su parte, el Presidente concluye su larga introducción señalando el “*enormous number of Republicans and independents who are not politicians and have no stake in misrepresenting the facts*”⁶. Asimismo, subraya el apoyo de un grupo de empresarios, y otros líderes de la vida económica del país. En definitiva, Clinton marca su territorio, pero lo hace de forma contraproducente: ante todo, su estrategia le resulta negativa porque el Presidente es un político que no puede renegar de ello; por ello su fijación en superar logros anteriores. El ciudadano americano no le pide que deje de ser político al convertirse en Presidente, sino que sea el mejor político. Eso es lo que el pueblo le exige y espera de su comportamiento. El discurso antipolítico de Clinton tiene mucho que ver con sus dificultades en el Congreso y su intento por lograr apoyo suplementario fuera de las fuentes convencionales. Pero esta línea estratégica se convirtió en una vía muerta desde el primer momento: si un gobernante tiene problemas, debe afrontarlos al servicio de la comunidad. La táctica empleada por el equipo del Presidente sonaba a maniobra evasiva, de escapar a la batalla para ganar puntos en otros foros; sin embargo, el saldo –aun así– no fue tan positivo como se deseaba.

Durante esta fase incipiente de su presidencia, Clinton imprimió una imagen demasiado dirigista, exigiendo de entrada unos resultados que, por loables que pudieran parecer, dejaban en una situación secundaria –en ocasiones, de abierta postración– a numerosos agentes sociales y económicos que se consideraban primeros actores de la situación económica y empresarial del país. El tono profesoral, no exento de cierto aire de paternalismo ilustrado, exhibido por el primerizo Presidente, generó la percepción de que la Casa Blanca marcaba a la sociedad unos fines que habían sido previamente determinados desde el pináculo del poder y que, de manera práctica, no requerían de ulterior negociación o revisión con los sectores afectados. Esa sensación de dirigismo entre la opinión pública gravitó poderosa y negativamente en contra de la Administración Clinton.

Clinton mostró ciertas lagunas sobre los temas locales. Esta falla en su preparación, junto a la oratoria brillante empleada, le granjeó críticas sobre sus intervenciones. Como extensión negativa de su discurso, el Presidente repite varias veces latiguillos dialécticos y expresiones manidas, sin aportar datos ni información que enriquezca el mensaje. La retórica exige el empleo tanto de una oratoria formal que sea atrayente, como también de contenidos rigurosos y claramente expuestos. En esta ocasión, Clinton sólo tuvo éxito en un ámbito. En el imaginario popular, Clinton grabó la idea del Presidente como garante de los derechos individuales de todos y cada uno de los ciudadanos. Cual Ave Fénix resucitada una vez y otra también en pos de la salvación del demos nacional. Así, la libertad se convirtió en eje de políticas activas. Todas ellas, además, parecían atravesadas por una misma línea transversal: que el estadounidense pudiese recuperar su capacidad de elección. El Presidente ofreció a sus compatriotas la mejora de su poder de decisión sobre asuntos que les

6 Public Papers of the Presidents of the United States (a partir de ahora, PPUS). "Interview with the California Media", 30 de julio de 1993, p. 1245.

eran fundamentales (educación, sanidad, seguridad, entre otros). Y este hecho lo expresaba como una garantía personal suya.

EL EJEMPLO INSPIRADOR DEL “GREAT COMMUNICATOR”

Una poderosa imaginación política. Esta fue la primera lección aprendida del Presidente Reagan. La capacidad de ilusionar⁷. En el marco de su retórica, era proverbial la habilidad de Clinton para crear imágenes de lograda plasticidad expresiva que, calculadamente, sintetizaban ideas, proyectándolas metafóricamente. Conceptos, nociones, que, mediante este recurso visual, Clinton convertía en compromisos y, lo más importante, en realidades. Del buen manejo aplicado a esa imaginación dependerá la vitalidad de la conexión entre la idea que el Presidente transmite a los ciudadanos y la identificación de éstos con su propuesta. Cabe subrayar también la calculada asignación de valores cohesivos—a la búsqueda, siempre, de un nexo identificativo— entre los ciudadanos a los que, en el imaginario nacional, representaría el Presidente en el proceso de toma de decisiones. El primer mandatario del país se convertía así en el trasvasador de propuestas legislativas, en el informador al ciudadano de iniciativas ejecutivas; sobre todo, a partir del fracaso electoral de otoño de 1994, el Presidente reformuló drásticamente su posición de abanderado de las clases medias, no sólo como objeto de sus políticas, sino —especialmente— como protagonista de las mismas.

La adopción de una perspectiva técnica en no pocos temas ayudó al Presidente a reforzar su imagen de profesional eficiente. De ahí que los hechos inamovibles, contrastados y probados, sean también base de su discurso público. Realismo, ciencia, tecnología, son fuentes primigenias donde Clinton puede hallar el rigor que busca. Como afirma Stephen Skowronek, “*as a rule, power has been less of a problem for presidents than authority*”⁸. En este contexto, surge la pregunta: ¿cómo se explica la resurrección retórica y, por extensión, política, de Clinton tras la debacle electoral de noviembre de 1994? Tras semejante derrota política, un Presidente convencional —y cualquier líder— habría quedado irreversiblemente dañado en su autoridad. Sin embargo, Clinton, acostumbrado a afrontar retos y a superar crisis, se elevó sobre los problemas hasta alcanzar el éxito de 1996. Con la declaración de 15 de diciembre de 1994 (es decir, solo unas semanas después de la mayor humillación electoral sufrida por el Partido Demócrata desde la Guerra Civil), formulada con motivo del “California Bay Delta Agreement”, el Presidente ya había esbozado un nuevo estilo.

Una breve y precisa declaración dirigida a un segmento de población determinado, tras lograrse un acuerdo que Clinton calificaba de “histórico”. Un ejemplo depurado de lo que sería su mejor técnica retórica, que empieza a madurar de forma ostensible y gradual. En primer lugar, el Presidente inició su discurso identificando la fuente de legitimidad del mismo. El interés general, la necesidad pública, en aras a la consecución del bien común. Al mismo tiempo, Clinton manifestó su antigua preocupación hacia el tema que espera resolver.

7 Sobre este aspecto de la presidencia Reagan, véase el estudio de REEVES, R (2005). *President Reagan: The Triumph of Imagination*, Simon and Schuster, Nueva York. También de CANNON, L (2000). *President Reagan: The Role of a Lifetime*, Public Affairs, Nueva York. Desde una posición reivindicativa de la obra del Presidente Reagan, aparece NOONAN, P (2002). *When Character Was King: A Story of Ronald Reagan*, Penguin Books, Nueva York. Sobre el papel de Noonan en la elaboración del “Fawerell Address”, véase REAGAN, R (2007). *The Reagan Diaries*, HarperCollins Publishers, Nueva York, pp. 680 y ss.

8 SKOWRONEK, S (1993): *The Politics that Presidents Make*, Belknap Press, Cambridge, p. 17.

Y un compromiso electoral al fin cumplido⁹. En segundo término, sólo desde una posición transversal, conciliadora y constructiva es posible alcanzar el pacto. Una solución para una parte debe serlo también para la otra. Clinton no deja nada al azar: la protección del medio ambiente que consagra este acuerdo, también garantiza el crecimiento económico pues, como sostiene el Presidente, ambos –progreso y ecologismo– pueden ir de la mano. Discurso de integración; evitar las exclusiones, disipar las diferencias, crear coaliciones de ideas. Rentabilizar sectores de votos. Otra notable habilidad retórica en sus manos consiste en hacer grande, abierto y plural un tema aparentemente pequeño, local y específico.

Al mismo tiempo, Clinton marcaba los límites ya superados, los éxitos logrados por su Administración, avanzando hacia adelante en una dirección impulsada con anterioridad (el Presidente sabe integrar a sus adversarios políticos en el discurso oficial, aun cuando sea elípticamente); y ello con independencia de que hubiesen concluido la tarea encomendada. La nueva Administración del Partido Demócrata sí cumple sus compromisos... así como los de gobiernos anteriores y distintos (sea tanto a nivel federal como estatal). Clinton se presentaba como el gestor capaz de dinamizar unos servicios públicos que, hasta entonces, venían funcionando a medio gas; en toda acción emprendida, casi en cada discurso pronunciado sobre buen gobierno, el pueblo estadounidense debía saber la eficacia y capacidad resolutoria que, laboriosamente, estaba haciendo –en ese momento, ya mismo– el Gobierno del país. Las palabras del Presidente eran una metáfora de una maquinaria del Estado otra vez puesta al servicio de la comunidad; con su inteligente uso de la retórica política, Clinton logró crear valor para sí y para su Administración, en un impulso único para elevar las expectativas e ilusiones de toda una nación.

¿Por qué la misma promesa, el mismo programa, vendido por otro político habría suscitado mayor indiferencia? Clinton se apoyaba en una singular capacidad de análisis de las necesidades –e ilusiones– de cada auditorio, además de imprimir un carácter metódico y fresco a su discurso, siempre en aras a lograr el efecto deseado. Todo oyente recordaba al menos una parte de la intervención del Presidente que, por supuesto, constituirá “su” parte del discurso, aquella con la que más se identifica emocional e, incluso, racionalmente. Y siempre el imperativo de conectar a cada grupo, auditorio o concurrencia, con un conjunto de valores que les distinga y vincule a un ideal superior y motivador a la vez. El Presidente manifestó un dominio completo sobre sí mismo. Públicamente, no exhibía favoritismo personal ni parcialidad irracional al tratar a individuos o temas. Todo hecho se apoyaba en argumentos (sin exclusión de la explotación sentimental y/o emocional de las cuales pudiera obtenerse la correspondiente rentabilidad política). Cuando se decantaba por una opción u otra, la transmitía de tal manera que apareciera como resultado de una decisión adoptada con criterios lógicos.

Clinton se expresaba como un gobernante cortado por una norma objetiva; en función de esa idea, también aquí desarrolló una parte sustancial de su lenguaje corporal: el movimiento de las manos, elevándolas con cuidado para matizar los elementos clave de su intervención, al tiempo que puede emplearlas como contrapeso –la una con la otra– en una exhibición de equilibrio inducido. De hecho, en ocasiones, el Presidente mostraba el esfuerzo que le suponía mantenerse en esa posición intermedia que ejercía al servicio del país político. Un gobernante centrado, en su trabajo y en su programa. ¿Cómo gana Clinton a

9 Ante la opinión pública, Clinton lee “compromiso” cuando otros escriben “promesa”. Su estrategia electoral era exigente en cuanto a la materialización de lo allí establecido.

sus auditorios? En primer lugar, verosimilitud; en segundo término, proximidad. El Presidente que necesita –y solicita– la ayuda de sus compatriotas; el Presidente que quiere hacerlo bien. “A good job”, un buen trabajo al servicio de su país. Un político, en definitiva, capaz de identificar –y distribuir– jerárquicamente sus propios mensajes para enfatizar la trascendencia de una declaración o la solemnidad de un compromiso.

IMAGEN Y PODER

La Presidencia Clinton concitó una convergencia histórica entre fuerzas sociales y económicas emergentes, que se conciliaron en torno a la figura de un mandatario formalmente liberal, pero tácitamente conservador. Un político tiene que vender ilusión, además de eficiencia, para mantenerse en el gobierno. En coherencia natural con el recuerdo idealizado del Presidente Kennedy, Clinton explotaba su retórica también en esa dirección. Una fórmula típicamente kennedyana como era la superación de los retos –previstos y sobrevenidos– fue una herramienta que, en las manos retóricas del Presidente Clinton, alcanzó cimas de expresividad. Metáforas, ejemplos, ilusiones, sentimientos. Toda emoción posible tenía cabida en ámbitos específicos de su discurso político.

La misma Casa Blanca donde un adolescente Bill Clinton tuvo la ocasión de saludar personalmente, por primera y única vez, al Presidente Kennedy, ahora acoge la celebración de un acto solemne donde jóvenes norteamericanos se comprometen en los AmeriCorps¹⁰. Un escenario característico del mito de Camelot; esto es, la reconstrucción romántica de una realidad rememorada en la época kennedyana, donde parecía posible el cumplimiento de los sueños y de las ilusiones. Semejante contexto impelía al Presidente Clinton a demostrar su talla política y su admiración por el legado del difunto presidente. Los rasgos de este tipo de discursos eran emblemáticos de las cualidades oratorias del Presidente. Frases cortas, de hondo impacto sentimental, como una arenga que galvaniza al auditorio sobre un tema, expresado como lugar de encuentro, que emociona a ese público empático, movilizado en pos de la consecución de un objetivo que ya es de todos. Al mismo tiempo, se produce la convergencia de dos momentos catalíticos clave para el desarrollo de su argumentario intelectual y político: la parte del discurso dedicada a lo que se ha hecho, y aquél núcleo duro de la retórica presidencial centrado en lo que todavía debe hacerse. Clinton, con sibilina habilidad, procedió a difuminar –de manera progresiva y creciente durante su Administración– las fronteras del tiempo; presente o futuro, en sus manos, eran una misma cosa. El fin de la división entre límites temporales; la desaparición operativa de los compartimentos estancos. El Presidente movía y dominaba las manecillas del reloj en función de sus prioridades políticas; arriba y abajo, a derecha e izquierda.

Cuando era necesario abordar un tema potencialmente conflictivo, Clinton solía rodearse de un argumentario auxiliar claro –generalmente inatacable, dado su carácter humanitario– que apoyase su posición central. Este soporte precedía –y perfeccionaba– la defensa del corazón de su discurso. En ocasiones, el mismo Presidente mezclaba las dos líneas de apoyo –central y auxiliar– al objeto de crear una estructura más resistente a las críticas. Por un lado, Clinton aparecía –de forma previsible y tradicional– como emanación suprema de la dignidad institucional; el Presidente de los Estados Unidos de América. Sin embargo, y

10 Sobre las ilusiones del joven William Jefferson Blythe, véase MARANISS, D (1996). *First In His Class: A Biography Of Bill Clinton*, Simon & Schuster (Touchstone edition), Nueva York.

al mismo tiempo, no ocultaba su compromiso, su solidaridad, ni su simpatía personal; elementos todos ellos que le permitieron rebajar —en algún grado— la solemnidad de su función. La empatía con el ciudadano, la cercanía con el elector potencial, eran causa y consecuencia en su acción política.

¿Sinceridad o credibilidad? En sus intervenciones públicas, Clinton parece sentir lo que afirma; sobre todo, cuando se habla de los temas capitales que atañen a la sociedad civil: prosperidad, justicia, sanidad, y su materia estrella: educación. “Si no lo crees, no te creen”. He aquí el axioma presidencial. No importa tanto que todo sea verdad, sino que cada uno así lo crea, y actúe en consecuencia. Asimismo, Clinton obvia cualquier comentario que pueda parecer mínimamente frívolo o irrespetuoso hacia una persona o institución. El Presidente siempre debía aparecer —ante la opinión pública, frente a la opinión publicada— como una instancia con acendrado sentido del decoro institucional y de la cortesía liberal. Clinton fue un excelente exponente de la idea de educación política al servicio del pueblo.

PATRIOTISMO Y DEMOCRACIA

En sus discursos, América aparecía como una tierra de infinitas oportunidades, donde sus probos ciudadanos podían satisfacer sus expectativas y hacer realidad esperanzas e ilusiones. El Presidente reivindicó el sentido democrático último que el “sueño americano” como motor del ascenso social. Cada persona tiene derecho a luchar por cumplir su proyecto de vida; la institución presidencial está —aquí y ahora— para apoyar y sustentar el ejercicio de ese derecho natural, absolutamente inalienable. El continente político convertido en tierra de promisión.

Un Presidente que está por encima de los partidos; sobre todo del suyo. Un proceso largo conducente a una aproximación al pueblo y a una separación de la imagen de político partidario, hasta convertirse en un gobernante políticamente transversal, con un ideario firme y un programa comprometido, y capacidad para llevarlo a cabo. En su primera etapa como presidente, Clinton fue demasiado político en la tradición progresista del país. La elasticidad del discurso servía a un objetivo claramente político. Clinton se manifestó dispuesto a reformar y/o modificar sus propias iniciativas si con ello pueden mejorar. A partir del otoño de 1994, abandonó la rigidez de su primera etapa, y tiende su mano al Congreso poniendo como testigo a la prensa y, muy importante, a la opinión pública. En esa línea, el Presidente pudo plantear la confección de un discurso retóricamente irrefutable: lo que haya de cambiarse, deberá hacerse. Una tarea a realizar entre todos pues se trata de un programa de interés general. Que las disputas entre congresistas, ni las luchas internas de los partidos, perjudiquen nunca la operatividad de una acción claramente favorable para el país.

Tras las fallas mediáticas de su primera etapa, Clinton se reinventó retóricamente a sí mismo. Para ello, entre otros recursos, recuperó una técnica propia del Presidente Franklin Delano Roosevelt. Cuando los ataques contra su gestión —incluso hacia su persona— arreciaban, Roosevelt adoptaba una posición impecablemente constructiva: ignorar, en su mayor parte, los comentarios negativos y, a un tiempo, desplegar una enorme actividad en la resolución de problemas pendientes y otros nuevos; dar respuestas a las demandas que despertaban una especial sensibilidad entre la opinión pública. Técnica igualmente arraigada en la tradición política del Partido Demócrata —y extendida a los republicanos— había sido la metáfora de la “charla junto a la chimenea”. Conformadas en su diseño moderno por el Presidente Roosevelt, también Kennedy y Carter usaron esta modalidad de interlocución. Clinton modernizó el sistema de imaginiería mediática y convirtió sus discursos radiofónicos de cada sábado en una manifestación que debía conciliar dos elementos básicos para el

Presidente; una imagen combinada de competencia profesional como gestor y calidad humana como persona.

El Presidente Reagan impulsó cambios fundamentales en las ruedas de prensa que concedía en la Casa Blanca. En primer lugar, modificó la escenografía, que no el escenario. En vez de hacer su entrada por una puerta lateral, lo que obligaba al Presidente –para acceder a su tribuna mediática– a pasar junto a los periodistas ya acomodados en las sillas, Reagan incorporó el corredor como pórtico de entrada. El pasillo central (perfectamente ordenado, correctamente alineado, moderadamente decorado, en una manifestación visual de equilibrio y sentido común) es el fondo abierto, tranquilo que aparece tras el atrio de interlocución. Cuando se anuncia la llegada del Presidente, los asistentes se incorporan respetuosa y necesariamente: es la única forma de verle; el mandatario aparece al fondo del pasillo avanzando hasta acceder al final del mismo, ya en la sala donde se celebra la conferencia de prensa. El recorrido del pasillo puede hacer ganar visibilidad pública y credibilidad política a la intervención del Presidente; un paso sereno y firme, cuerpo erguido, gesto resolutivo... Un símbolo antes de la palabra. “*América está bien gobernada*”.

LA BATALLA DE LA CREDIBILIDAD

Cuando se cometen errores de grueso calibre, ¿puede ser protegido el Presidente de sí mismo? Esta ficción política desplazaba la responsabilidad aparente hacia un vector menor del gobierno; sin embargo, su uso expansivo también podía acarrear claros inconvenientes. Entre otros, que la Casa Blanca –ante la opinión pública– perdiera el control de la situación. Por ello mismo, resultaba imprescindible para Clinton separar entre su persona y el resto de la clase política del país. Pero, esta vez, el Presidente no cometió el error de proceder a una separación radical de ambas esferas (descartando así la posibilidad de negar incluso su condición de político). Antes al contrario, Clinton se erige en la suma de todo lo mejor que tiene el sistema político¹¹; heredero, directo o no, de las más logradas tradiciones y usos políticos de la Presidencia. Todo ello aunado en torno suyo; la acción presidencial como motor del cambio –y senda vertebradora– para el país político.

Un factor clave en todo rétor consiste en su defensa ante los ataques. Existe un mecanismo –habitualmente reconvertido en verdadero sistema de autoprotección– que reside en desvincularse emocionalmente de las críticas, para entrar –si acaso– en las cuestiones de fondo –de haberlas–; esto último es lo que interesa a los ciudadanos. El político debe subordinar su propio ego –el ansia de devolver los golpes recibidos–, al mismo tiempo que está obligado a disponer cortafuegos para impedir que el incendio propalado por la insidia ajena degeneren en una ofensiva que pueda afectarle. El carácter abierto, resolutivo y democrático de su discurso político debe mantenerse; y ello con un aura de gloria mistificada que pueda elevar los espíritus e impulsar la acción. Esto lo comprendió bien Reagan; Clinton también. No obstante, concurre al menos un aspecto donde la retórica de Clinton perdió su proverbial agilidad (aun cuando luego recuperase parte de la credibilidad perdida). Y fue en su incapacidad dialéctica para afrontar, desde el primer momento, los distintos escándalos que

11 De hecho, en ocasiones, el Presidente se postulaba como un “outsider” enfrentado a las injusticias producidas desde el “establishment”. Sobre los debates generados por la iniciativa presidencial de reformar el “health care system”, y las fuerzas políticas o fácticas que se opusieron, además de las luchas por el poder entre los dos principales partidos, véase de JOHNSON, H & BRODER, DS (1997). *The System: The American Way of Politics at the Breaking Point*, Back Bay Books.

asolaron su segundo mandato. En estos casos, y así procedió Clinton, la carga de la prueba debe aportarla el acusador. El escándalo “Lewinsky”, como antes el caso “Whitewater”, se articularon de forma diferente para defender la posición del Presidente¹². No obstante, en ambas situaciones, Clinton recurrió a una técnica indispensable: la devolución de la pelota. El problema –intereses ocultos– lo tiene el denunciante, no el denunciado.

A Clinton le faltó –deliberadamente– la moderada jocosidad, cual remedo de sinceridad y campechanía, que Reagan mostró durante más tiempo. Los discursos de Clinton son serios, aunque no exentos de solemnidad ni de humor, y están muy elaborados, desplegando además un alto sentido de la responsabilidad institucional que incumbe al Presidente; el apostolado de la libertad. Tras ello subyace la idea –y el propósito– de evitar que la prensa malinterprete las palabras del nuevo Rey Patriota, produciéndose la temida distorsión de su mensaje; siendo ésta la auténtica bestia negra para la Casa Blanca, problema que no tuvo, ni de lejos a ese nivel el Presidente Reagan, que logró hacer llegar su discurso casi de forma intacta y desde su inicio. La enorme diferencia entre ambos presidentes explica la situación generada en los dos gobiernos más retóricos que ha tenido Estados Unidos desde 1963. Ambos mandatarios, uno republicano, otro demócrata, comprendieron que era mejor comunicarse directamente con el público. Para ello, resultaba rentable dirigir el interés informativo de los periodistas hacia los objetivos subrayados hábilmente en el discurso político.

UNA METODOLOGÍA CLARA, PRECISA Y DIRECTA

Este fin podía lograrse mediante el uso calculado de diferentes técnicas. Entre las más depuradas, cabe destacar la que inspiró al Presidente Clinton del Presidente Reagan: el valor de la pequeña escala. Reagan impartió una exhibición de cómo debe ejecutarse la empatía a la hora de conseguir una finalidad retórica, y siempre desde una perspectiva de difusión del fenómeno y atracción del oyente. Las críticas contra Reagan, primero, y contra Clinton, después, por carecer de títulos políticos suficientes para acceder a la primera magistratura del Estado, caían en saco roto conforme mejoraban su capacidad de comunicación política. Lo que Reagan entendía como retórica política era un soporte de interlocución básico pero volcado a conectar personalmente con cada ciudadano. De hecho, su definición de un buen comunicador político se basa en su experiencia profesional como actor.

Igualmente, el Presidente Reagan ofreció una aproximación precisa sobre los mecanismos de identificación que, correctamente empleados en el discurso público, atraían sobre el discurso de un político la atención e, incluso, la adhesión. Desde su experiencia, Reagan comprendió cabalmente cómo se gana la batalla de la credibilidad en retórica política. En primer lugar, el líder conservador atraía e implicaba al auditorio con el uso de engarces sentimentales (aquello que todos queremos, nuestros valores y creencias), materiales (aquello por lo que luchamos, el bienestar para nuestras familias) o nacionales (aquello que sentimos, la pertenencia a una patria común e indivisible, construida sobre el trabajo de nuestros padres y antepasados, porvenir de nuestros hijos y descendientes). Al objeto de sedimentar esas ideas en sus discursos, el Presidente Reagan solía recurrir al empleo mayestático de interpelaciones que reverberaban como productos elaborados de forma perso-

12 Sobre el mito oscuro de Clinton, véase de Anonymous [KLEIN], J (1996). *Primary Colors: A Novel of Politics*, Warner Books, Nueva York. Del mismo autor, sin seudónimo, véase KLEIN, J (2003). *The Natural: The Misunderstood Presidency of Bill Clinton*, Broadway, Nueva York, reimpresión.

nal para cada oyente, aun cuando se empleasen de manera harto genérica: “you know”, “but you know”, entre otras.

En el fondo, esta lectura que se hace de la narrativa del poder presidencial se inscribe en la tradición política que busca su legitimidad en unos principios, al tiempo que se vuelca a la consecución de otros. Tras la toma de posesión, cada Presidente debe proceder a su metamorfosis, hasta convertirse en el gobernante anhelado por el conjunto del pueblo americano. Los discursos de Reagan constituyen un llamamiento permanente en la prosecución de la verdad y la justicia. Dos valores supremos de la democracia americana como referente moral insoslayable. La integración del auditorio se hace de forma personal, directa, interpelando frontalmente a su homólogo, poniendo ejemplos que superan el contexto de la situación y el contenido de lo tratado.

También aquí, resultó decisiva la influencia de la retórica reaganiana sobre Clinton. Atraer al adversario, ganándole su propio terreno de juego. Ir hacia él, para hablar en una conversación que nunca dejará de fluir en ideas, resultados y servicios para el pueblo. Clinton, como antes Reagan, habla al público de forma dinámica. La concepción que tiene de su comunicación política se basa en una idea primigenia: el discurso es parte de un avance progresivo; la conversación que se establece entre Presidente y ciudadano, una forma de caminar hacia la consecución de objetivos igualmente compartidos. Las mejores intervenciones de los dos Presidentes estuvieron cortadas por el mismo patrón operativo, que no ideológico. Hablar, escuchar, caminar. La idea de progreso solidario, también aquí.

La repetición de palabras emblemáticas era común en Reagan; por su parte, Clinton exhibió un lenguaje más rico. Aún así, o quizá por ello mismo, el Presidente demócrata reiteraba conceptos considerados cruciales para cautivar al auditorio y ganarlo a favor de sus posiciones. Tampoco omite la espontaneidad, facilitando que la naturalidad tenga su lugar en el discurso: risas, comentarios ingeniosos o breves añadidos aparentemente imprevistos. Es una forma de hacer suya la narración para, de esta forma, entregársela al auditorio para que pueda reflejarse en sus palabras. La idea de misión cumplida es recurrente en la defensa del interés general que hizo el Presidente Clinton. El mensaje permanente es la rendición de cuentas sobre la tarea ya asignada. El servicio al país y a la sociedad es una misma cosa en la retórica de Clinton. Ambas dimensiones se necesitan la una a la otra.

IDEALISMO Y UTILIDAD POLÍTICA

El discurso político no es propaganda ideológica, sino acción política. Tras el fracaso de la campaña de McGovern, Clinton ya manifestó su renuencia ante los eslóganes dogmáticos, tangencialmente excluyentes, prefiriendo –a la manera de Tocqueville– las ideas claras y precisas. Este criterio lo asumió –y lo practicó– como Presidente por puro instinto político; se trataba de una necesidad perentoria: sólo acotando el territorio de su influencia política mediante el establecimiento de objetivos tales como dirigir la acción pública o emprender campañas de comunicación. Infiere Clinton que unos eslóganes equivocados –o, simplemente, desenfocados– pueden ser una trampa mortal para un proyecto político.

No resulta conveniente –ni políticamente inteligente– depositar el crédito electoral en una sola opción de interlocución, en el sentido de evitar los discursos monográficos y grises, procurando buscar las prioridades de cada público. El Presidente distribuye sus recursos retóricos en diferentes frentes. Lógicamente, pues Clinton planteaba siempre su co-

municación institucional como si estuviese en permanente campaña¹³. Sólo así su mensaje podía llegar a la ciudadanía. Pulcritud expositiva de ideas y mensajes; claridad de contenidos y formas; todo ello en aras a transmitir una impoluta sensación de transparencia en las intenciones y entrega en la misión. El uso de símbolos también es parte sustancial de la comunicación política que emplea Clinton. Lugares, hechos, personas; el Presidente recurre a ejemplos admirables, gestos humanos extraordinarios que motivasen a su audiencia. En este contexto, de la imagen de flexibilidad dependerá parte del éxito retórico. La capacidad de adaptación como ariete que marca las fronteras de la responsabilidad civil y política¹⁴.

Lejos de esa línea de actuación, propia de su etapa más madura y duradera en su interlocución pública como Presidente, conviene recordar que Clinton sostuvo posiciones diferentes en la primera etapa de su Administración. En el discurso sobre el Estado de la Unión de 1994, Clinton se remitía a su obra política en los siguientes términos: “*last year we began to put our house in order by tackling the budget deficit that was driving us toward bankruptcy*”¹⁵. Rasgo característico de un mandatario bisoño en la Casa Blanca, el entonces todavía arriesgado Presidente ignoró el principio fundamental de que, en retórica política, se crece conforme se resuelven los problemas; jamás las dificultades se obvian o desplazan hacia otro punto. El líder está para la resolución de los asuntos de gobierno. Cualquier otra actitud sería considerada como evasiva. El duro aprendizaje de esta lección comportó un cambio sustancial en su discurso público que, de alguna manera, no hizo otra cosa que desarrollar lo ya existente.

Además, el Presidente podía asignar las prioridades de sus programas basándose en las demandas del pueblo americano, al que tomaba el pulso en cada intervención pública. “*My fellow Americans, every single survey shows that all the American people care about this without regard to party or race or region*”¹⁶. Al mismo tiempo, Clinton consolidó -de forma consciente- su posición como elemento de cohesión para el país, negando la posibilidad de emergencia a cualquier línea divisoria que pudiera surgir dentro de la sociedad civil.

El mensaje de Clinton era nítido: no debe exigirse al ciudadano de forma unilateral; en todo caso, conviene exigirnos a todos nosotros (gobernante y gobernados), como partes de un conjunto que debe operar armónicamente en interés del bien común. A los ciudadanos hay que darles, ofrecerles, invitarles, animarles. En una cultura política democráticamente madura, sólo en raras ocasiones (una coyuntura histórica de crisis, por ejemplo) pueden vencer los liderazgos radicales, que exigen a sus adeptos y simpatizantes esfuerzos sobrehumanos, además de un fervor irracional hacia la “causa”. Desde un enfoque transversal, Clinton lo ofrecía todo. En el imaginario retórico, la Casa Blanca proyectó la imagen de un Presidente volcado al desempeño de un trabajo tan cualificado con criterios profesionales y técnicos, además de aportar el aval de su ejemplaridad personal, para que, de esta ma-

13 El Presidente Clinton acometió una tarea titánica como era la implementación de una Administración desde una permanente movilización electoral. Cada día contaba, cada programa de acción era relevante. Sólo así logró invertir la dirección de los acontecimientos políticos, hasta revalidar holgadamente su reelección presidencial en 1996. Sobre la figura electoral de Clinton, véase de WALTON, H (2000). *Re-election: William Jefferson Clinton as a Native-son Presidential Candidate*, Columbia University Press, Nueva York.

14 “Y así como el agua se amolda a los accidentes del terreno, para conseguir la victoria un ejército debe adaptarse a la situación del enemigo”. Esto es, “conseguir la victoria modificando su táctica de acuerdo con la situación del enemigo”, TZU, S (2003). *El arte de la guerra*, Ediciones Martínez Roca, 3ª ed., Madrid, p. 98.

15 PPPUS, “Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union”, 25 de enero de 1994, p. 127.

16 PPPUS, “Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union”, 24 de enero de 1995, p. 79.

nera, el ciudadano, el votante, el decidor, pueda vivir con tranquilidad, dedicándose a lo que realmente le importa.

El Presidente distinguía con nitidez –para luego fundirlos operativamente– entre el que asume responsabilidades y el que gana campañas electorales, entre el estadista y el populista (aun en el caso de que ambos sean gobernantes). Demóstenes –como Platón– apuntaló el argumento de que el bien existe y como tal debe ser seguido. Ese sentido de continuidad lineal hacia una meta claramente definida y mayoritariamente compartida, también es un arma, cada vez más sofisticada, empleada por el Presidente Clinton. Y todo ello realizado con el aparato de interlocución habitual: frases cortas, voz firme, gesto seguro, buena pronunciación, correcta vocalización.

Proposición e invocación. He aquí técnicas clásicas de la oratoria greco-romana que, en Clinton, adquirieron una lectura moderna. La ironía quedaba limitada drásticamente, así como el carácter litigante que tuvo su discurso durante la primera etapa en la Casa Blanca. Ambos recursos son contraproducentes para lograr atraer –y movilizar– a su favor el ánimo de los oyentes.

CONCLUSIÓN: SOLUCIONES DE LIBERTAD

El Presidente Clinton asumió la idea de que los males de la democracia se resuelven con más democracia, nunca con menos. Esta idea se incorporó a su retórica política mediante la noción de reconstrucción. Estados Unidos aparecía ante él como un gran país que necesita un liderazgo resolutivo y democrático, al servicio de la sociedad civil, para que ésta pueda expandir –en sentido constructivo– su potencial creador. Clinton se presentaba, por tanto, como el gobernante que trabaja activamente para el conjunto de la comunidad, eliminando obstáculos y abriendo puertas. Que todos los ciudadanos dispongan, al menos, de una oportunidad para cambiar, a mejor, su vida. Por ello, el discurso de enriquecimiento democrático se convierte en otra pieza transversal de su retórica. De ahí el interés presidencial en terminar lo iniciado por otros, sin prejuicios ideológicos ni resabios personales; completar el discurso ajeno, culminar la obra de terceros en política, economía, moralidad... y retórica. Así sucedió en su intervención junto al Presidente Figueres, durante su visita a Costa Rica en 1997. Clinton hizo suyo el argumentario de su anfitrión, perfeccionando su discurso hasta construir una línea narrativa nueva que concluyo al ofender al auditorio la idea de un mundo mejor.

El pluralismo político, la diversidad étnica, el multiculturalismo, entre otros muchos factores, son manifestaciones de la riqueza de una sociedad abierta y democrática. He aquí el mejor resultado de la democracia. En línea con el pensamiento de Demóstenes, el Presidente –como buen orador y excelente comunicador– también procedió a la devolución de grandeza moral a su auditorio. Del grado de materialidad alcanzado en su retórica política, ofrece cabal expresión el hecho de que la relación que se establece entre el ciudadano y *su* Presidente es de una intimidad que bordea casi lo físico. Así, Clinton difunde la idea de que sentirse orgulloso como miembro cívico de la comunidad democrática significa también ser buena persona. El Presidente elogia, con toda soltura, la calidad humana de compatriotas de loable ejecutoria. La ejemplaridad moral como activo político. Aquí sí, Clinton señala el buen camino a seguir; también por él. Una táctica hábil: de nuevo, el Presidente extrapola su mensaje (mediante el uso de ejemplos comprensibles, metáforas sencillas, entre otros recursos), dirigiéndolo hacia el auditorio que le escucha; es decir, establece una conexión emocional con esa mayoría social que tiene el derecho al voto y el deber de la crítica.

La dimensión de la política como espectáculo tiene su traslación en las necesidades que deben ser alimentadas. Idea de mejora, afán de superación, espíritu de prosperidad, ini-

ciativa de empresa... También conviene subrayar que el carácter escénico que tiene el sistema de gobierno norteamericano está subordinado al factor de nacionalización y socialización políticas que se le pretende imprimir. De hecho, el Presidente es la encarnación misma de la esencia de la potestad republicana. El Despacho Oval, la Casa Blanca, la tribuna del Presidente, su sello, son símbolos del sentido imperial de esta alta función. La inspiración romana de los atributos y gestos del poder presidencial son demasiado evidentes para ser obviados. De nuevo, el Rey-Patriota; de nuevo, Bolingbroke. Y siempre, la Roma que inspiró a Jefferson y Adams, entre otros.

¿Cuáles son los valores verdaderamente estadounidenses? Clinton ofrece las soluciones, porque son varias, en el marco de un gran ideal nacional, para que cada conciudadano pueda escoger e integrarse en la modalidad que mejor conforte su psicología política. La conciliación entre las virtudes morales de los pioneros y los valores cívicos modernos. Y el choque con el materialismo contemporáneo. Moral y poder, solidaridad y dinero, trabajo y esfuerzo personal, ahorro y consumo. Todos caminando, cada cual a su ritmo y por su camino, en pos de un mismo ideal. En su discurso público, el Presidente nunca se deja llevar por pasiones desatadas o planteamientos radicales; la misma encarnación del centro. La convergencia de puntos en aparente conflicto era, para Clinton, un desafío apasionante; la verdadera justificación de su poder político¹⁷. Producir orden del caos; generar cohesión de la división.

En términos políticos, también Clinton consideraba que, en el mundo presente, el paradigma es el cambio. Así y todo, el Presidente incorporó matices, postulando una visión más integradora. La revolución que el mundo tiene pendiente aparece en el campo de la educación. Resulta indispensable una rigurosa preparación para afrontar los desafíos —crecientes y desconocidos— que advienen de forma incesante. De ahí el papel central que un líder debe ejercer en ese escenario turbado. Clinton se acopló al canon tradicional de Presidente, pero añadiendo algunos elementos nuevos y otros antiguos modulados por su visión de las cosas; de esta manera, surgió la figura de un estadista que, inevitablemente, era patriótico y democrático, progresista y conservador, además de excelente comunicador e interpretador de la psicología popular merced a su inteligencia emocional. En su retórica, y siempre de manera inducida, el Presidente emergía como el mejor preparado para conocer —y domeñar— ese universo político en precaria estabilidad, al borde de la implosión social, que es la gobernación de un país en el siglo XXI; el Rey Patriota que diseñará Bolingbroke como la encarnación prístina de la legitimidad y la continuidad (ambas fuentes resultaron inagotables en manos presidenciales). Clinton demostró una habilidad única para tejer redes de dependencias, a veces más psicológicas que políticas, sobre su potencial electorado; de ahí la configuración de una imagen pública basada en iconos fácilmente reconocibles y aprehensibles. Protector, garante, padre, amigo, maestro, compañero, esposo, empresario, profesional, trabajador, sindicalista... Clinton ejerció una proverbial capacidad para reinventarse en cada contexto, reformulando su discurso según las circunstancias¹⁸. Y lo más meritorio: casi siempre de forma coherente. El Presidente de los Estados Unidos de América o la idea de *pax política*.

17 Sin embargo, resultaría aventurado conjeturar sobre la influencia que la visión de Clinton en esta materia pudo incidir en sus problemas. Para una perspectiva general, aun cuando resulte polémica, véase de BLUMENTHAL, S (2003). *The Clinton Wars*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.

18 Su capacidad de adaptación, incluso a medios hostiles, le ha sido casi unánimemente reconocida. Véase HARRIS, JB (2005). *The Survivor: Bill Clinton in the White House*, Random House, Nueva York.